

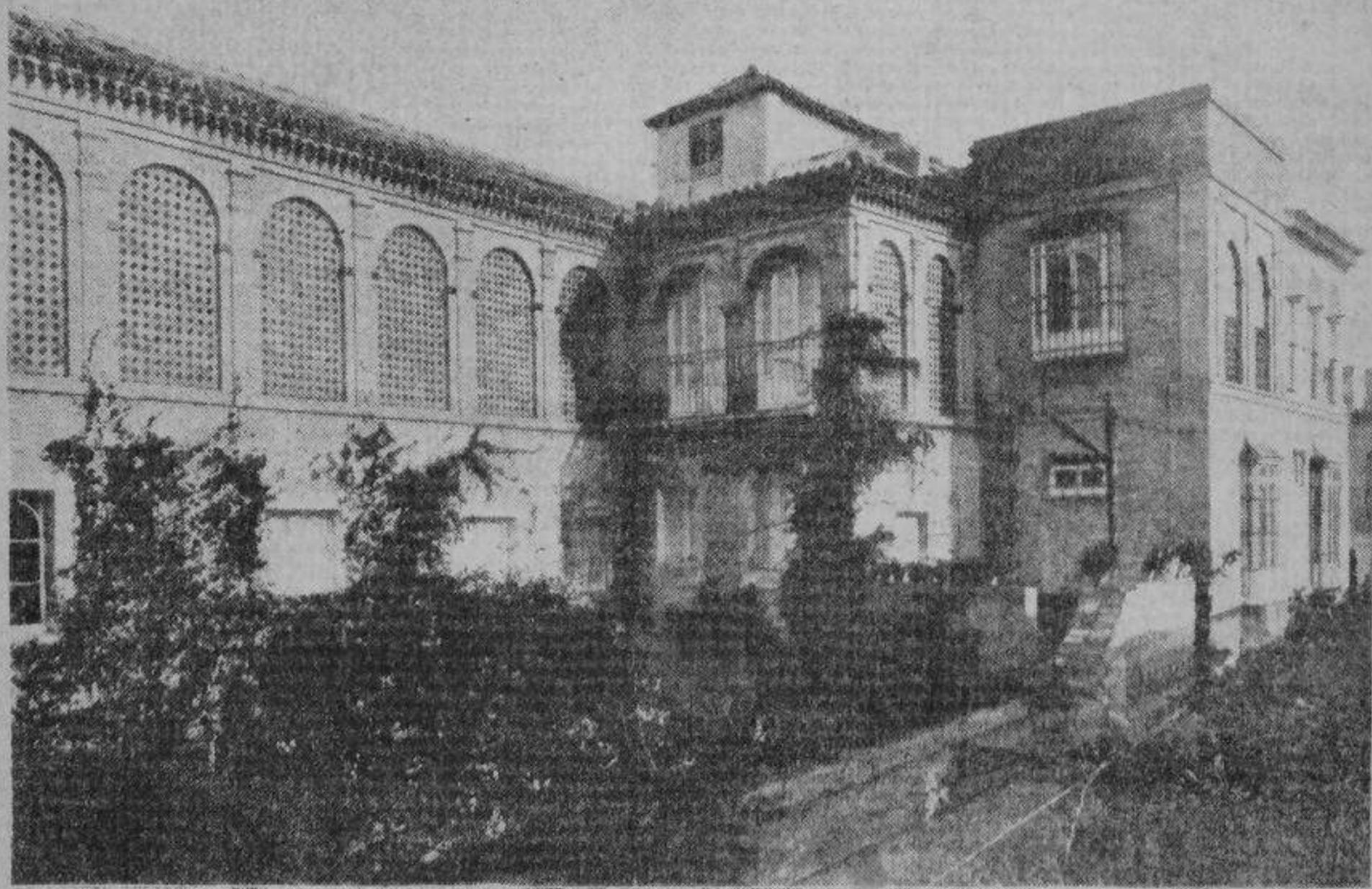


EL BARRIO DE SANTA CRUZ

DE

SEVILLA

CIVIDAD - JARDIN



MADRID
1919

EL BARRIO DE SANTA CRUZ

DE

SEVILLA

CIVDAD - JARDIN

CR/17

JOSÉ ANDRÉS VAZQUEZ

EL BARRIO DE SANTA CRUZ

DE

SEVILLA

CIVDAD - JARDIN



MADRID
1919

Reg. 6.654

EL BARRIO DE SANTA CRUZ
DE
SEVILLA
CIVIDAD - JARDIN

El milagro de su salvación

SEVILLA, la maravillosa ciudad toda llena de luminosa gracia, conserva entre sus innumerables encantos el Barrio de Santa Cruz que se envuelve en la poesía de su silencio misterioso y en el añejo perfume de la tradición evocadora, esa singular mezcla de realidad y ensueño que cubre de áureos prestigios las viejas cosas amables.

Ante este barrio histórico, legendario y artístico, hacemos que se detenga hoy el viajero cruzador de los senderos espirituales de España invitándole a gozar, para su alivio, el sosiego sedante de esta quietud, la calma venturosa de esta soledad y la armoniosa belleza cautiva entre estos vetustos muros.

Se encuentra Santa Cruz en el centro de la ciudad, que por designios providenciales pudo conservar al presente la poesía de los recuerdos y armonizarlos con la poesía de las esperanzas puestas en un espléndido mañana cuyo advenimiento prepara con las actividades fecundas de hoy. En el centro de la ciudad y formando parte de su corazón artístico: al lado del Alcázar cuyos viejos murallones recortan su almenado sobre el cielo azul y junto a la catedral, el grandioso «poema de piedra» rematado por la sublime estrofa sonora de la Giralda, mora y cristiana como el espíritu de Andalucía.

Y no es el Barrio de Santa Cruz en medio de la ciudad viva y afanosa de hoy un anacronismo bello pero inútil porque entorpezca la vida y el afán.

Es, al contrario, el lugar de reposo, la fuente dulce y clara en el camino áspero de los días, el oasis hecho surgir por un milagro en el fatigoso desierto de los esfuerzos humanos.

¿Cómo ha podido conservarse a través de los tiempos salvándose de las injurias de la ignorancia durante los períodos en que por falta de idealismo estaba en crisis el amor a la herencia de arte y poesía que nos legó el ayer? Solamente se explica por un verdadero milagro igual al que salvara la Giralda.

No acertamos a imaginarnos cómo sería Sevilla sin su Giralda: la famosa torre es la fe, es la madre, es la novia, es el amor, es toda Sevilla representada por un trazo genial sobre el espacio azul impecable.

Las viejas leyendas del viejo tiempo nos dicen, que en las condiciones propuestas por los mahometanos para entregar a San Fernando la ciudad, figuraba una reserva por la cual había de permitírseles derribar, antes de salir, el alminar de la Mezquita Grande. Parece que muchos hombres notables de la corte del Santo Rey se disponían a aconsejar se cediese a dicha petición, pero Don Alfonso el Sabio, hijo del monarca, se negó y respondió a los moros que «por un solo ladrillo que quitasen les mandaría descabezar a todos».

Don Alfonso, «el gran artífice de todas las ciencias», tuvo la genial vislumbre de que el alminar llegaría a ser, andando el tiempo, el mayor ornato de Sevilla y la concreción del alma de la ciudad maravillosa.

Ignoramos también, lo que sería Sevilla sin su Barrio de Santa Cruz: hoy todos los sevillanos le aman, todos gustan de pasearlo, o vivirlo, y todos se interesan porque los amigos forasteros crucen sus calles misteriosas, aspiren el sutil perfume de sus flores y de sus leyendas y se gocen en la contemplación estática de los bellísimos enredijos y recovecos donde se detuvieron los siglos.

También este barrio estuvo, como la Giralda, expuesto a desaparecer, pues una vez, pretextando razones de higiene y comodidad públicas, pretendieron romperlo con violencia y surcarlo con una irreverente calle ancha, larga y moderna como todas las ca-

lles grises e inexpresivas de todas las modernas ciudades.

Pero sucedió en esta hora angustiosa, que pareció inacabable a los amadores del carácter de su ciudad, un milagro de energía y de sentimiento estético como el del Príncipe Sabio; y no se abrió la calle ni se destruyó el original trozo de la urbe que es hoy modelo de urbanización, de higiene y, en suma, prototipo de la ciudad-jardín.

El nuevo milagro supo hacerlo el Rey Don Alfonso XIII, primer vecino del Barrio de Santa Cruz. Nuestro Augusto Monarca manifestó sus deseos de que se respetase su estructura y se embelleciesen, aún más, sus encantadores rincones, cediendo para descongestionarlo un pedazo de la Huerta del Retiro perteneciente al regio Alcázar.

Estos deseos fueron acogidos y llevados a la realidad, en una interpretación amplia y felicísima, por el señor Marqués de la Vega Inclán cuyo espíritu se anima por una sentimental plenitud del patriotismo y cuyas nobles actividades de artista y de prócer van floreciendo en admirables reconstrucciones y rehabilitaciones del solar de la historia patria.

Mezcla de historia y ensueño

El Barrio de Santa Cruz fué cedido a los judíos después de la Reconquista, formándose en él la *Alhambra* o Judería de Sevilla. Comprendió entonces la extensión ocupada hoy por las Parroquias de San-

ta Cruz, Santa María la Blanca y San Bartolomé. El recinto estaba rodeado de muros con tres puertas, dos de las cuales miraban a la ciudad, —una por el lado de la Mezquita y la otra hacia el Candilejo—, y la tercera abierta en la muralla exterior que fué la desaparecida Puerta de la Carne antes llamada de Vib-Ahoar nombre del alarife que la construyera. Estas puertas se cerraban al caer el sol y se abrían al apuntar el alba para dejar reclusos durante la noche en su alhama a los judíos vejados y perseguidos siempre.

Estos, a pesar del rigor implacable con que se les trataba, fomentaron siempre sus negocios que iban prósperos a merced del gran sentido económico que distingue a la raza, siendo muy importante los bazares y fábricas que tenían establecidos. Como muchos gozaban fama de ricos, y así era en verdad, no les faltaron, entre los caballeros cristianos, amigos que conviviesen con ellos; y de esta convivencia, —evidentemente clandestina puesto que la prohibían rigurosos mandatos—, surgió en cierta ocasión la idea de preparar una gran conjura contra los inquisidores y oficiales del Santo Oficio que por orden de Sixto IV y los Reyes Católicos, vinieron a Sevilla para perseguir a los judaizantes.

En 1481, el hebreo Susón, —padre de la célebre *Susona*, «bella y hermosa como Rebeca»—, y otros significados judíos se unieron con Benadova, un tal Alemán, Cristóbal López Monvadura, los Adolfos de

Triana y otros muchos hombres notables de Sevilla y poblaciones próximas y acordaron en asamblea con gran entusiasmo sumar voluntades para contrarrestar la acción inquisitorial.

Pero la Susona, que era por su extraordinaria belleza muy codiciada de los caballeros andaluces y éstos bien correspondidos por ella, dió cita una noche de secreta junta a uno de sus amantes quien, además de servir al amor, sirvió a la vez a su religión sorprendiendo la conjura cuyos hilos entregó a la justicia.

Conocidos los planes de los hebreos y de sus afines y protectores, dictaron los Reyes un mandado que cumplió el asistente Don Diego de Merlo, poniéndose de acuerdo con los inquisidores para efectuar la reprensión que fué durísima: Susón y muchos de sus cómplices fueron condenados al suplicio...

La fracasada conjura que tuvo tal fin dramático, dió lugar a excitaciones populares que, —como en otras ocasiones frecuentes—, se tradujeron en sangrientos motines contra los judíos costando la vida a muchos millares de éstos, cuyas casas fueron además saqueadas.

La Susona, arrepentida del grave mal que causó a su padre y a sus hermanos de raza por el yerro de sus liviandades, se convirtió al cristianismo e hizo monja algún tiempo después.

En las últimas horas de su vida hizo testación de su postrera voluntad mandando que su calavera fuese puesta en la pared de la casa que habitó.

Los hebreos tenían en el recinto de la alhama, — por privilegio del Rey Sabio que supo ser tolerante con las religiones contrarias—, tres sinagogas obtenidas al transformar otras tantas mezquitas. Uno de esos templos fué la actual Iglesia de Santa María la Blanca y otro la derrocada de la Santa Cruz que ocupó el área de la plazoleta de este nombre, hoy uno de los más bellos lugares del Barrio.

La emoción del aspecto

Todas las edades dejaron su huella en el pintoresco Barrio y si bien actualmente no se conserva en la amplia extensión que alcanzara cuando se le destinó a judería, queda un gran trozo que por sí solo tiene sobrada fuerza emotiva para que el espíritu evoque los tiempos pretéritos y perciba no solo la historia triste de los judíos con sus recónditas ansias de sustraerse a las vejaciones inacabables, sino las andanzas de amor y caballería de las gentes de armas, de los donceles atrevidos y aun de los monarcas como Don Pedro I de Castilla.

Cada casa, cada rincón, cada celosía, cada patio, cada tapial, coronado de enredaderas florecidas, pone en el ánimo un motivo de encanto y en la imaginación un anhelo irresistible de curiosidad.

Este trozo aparece hoy ante los ojos absortos del viajero, convertido en una verdadera ciudad-jardín. Lo forman, entre otras, las calles y plazas que lle-

van en la actualidad los títulos siguientes: Las Cadenas, Agua, Vida, Susona, Doña Elvira, Gloria, Pimienta, Venerables, Jamerdana, Justino de Neve, Lope de Rueda, Refinadores, Reinoso, Santa Teresa, Santa Cruz y Alfaro.

La disposición de estas vías es muy característica pues todo parece hecho para no dejar que los rayos del sol ardoroso caigan a plomo sobre el transeunte. Esto les da una luz singular y es cómodo el tránsito aún en las horas estivales más rigurosas. Hay calles por las que con dificultad pueden ir de frente dos personas. Tales angosturas formadas con casas de gran interés constructivo, ofrecen perspectivas de sugestión poderosa, pues visto un vial desde cualquiera de sus extremos, con las artísticas rejas cubiertas de flores y las enredaderas que se enlazan entre una y otra fachada formando entoldados, creyérase el espectador ante la soñada ciudad ideal envuelta en luz, aromas y silencios.

La leyenda de las calles

Todas las calles y plazas tienen su historia legendaria de arte, de amor, de fe o de muerte. Recordemos algunas.

En la plaza de Doña Elvira estuvo un tiempo el célebre corral de comedias de dicho nombre, donde Lope de Rueda, el batidor de oro y luego autor y actor dramático, comenzó su carrera gloriosa. Más arriba en un trozo de la que hoy es calle Rodrigo

Caro, junto a lo que se llamó Arquillo del Sacramento, existió la plaza de los Desafíos que era una barreduela misteriosa y solitaria muy buscada para zanzar lances de honor.

La actual calle de la Gloria fué llamada del Ataud en memoria de que a la puerta de una de sus casas tuvo el rico mayorazgo Don Miguel de Mañara la advertencia, no proferida por boca humana, que le salvara de caer en manos de terribles enemigos. Cuéntase que el preclaro autor del «Discurso de la verdad», acudió en compañía de su fiel paje Alfonso Pérez de Velasco a un llamamiento que se le hiciera desde la citada vivienda y que al llegar a los umbrales cayó derribado en tierra por una fuerza inexplicable, al tiempo que oía las palabras: «Traed el ataúd que ya está muerto». Al volver en sí Mañara, su espíritu, dominado de ímpetus juveniles que le llevaban por extraviados caminos, habíase tornado juicioso y apto para emprender la ruta de caridad y amor que le llevó a la inmortalidad.

A la calle de la Pimienta se le nombra así según refieren, en memoria de un hermoso árbol productor de esa especie que creció por milagro una noche en la puerta de la casa de un especiero hebreo. Parece que éste se quejaba de faltarle, para su comercio, el fruto del árbol y al oírle un caballero cristiano díjole que «Dios le proveería». Entonces el judío se permitió dudar del Altísimo proveedor en quien tanto fiaba el caballero creyente y al amanecer del otro

día vió en su puerta lozano y pródigo el árbol de la pimienta. El hebreo se hizo entonces «judió de señal», o convertido, y en arrepentimiento de sus dudas, lloró copiosas lágrimas, sobre el tronco. Añade la tradición que por cada lágrima vertida abajo, brotaba arriba, en la frondosa copa, un grano del fruto deseado.

La calle de la Susona llamóse de la Muerte porque en ella estuvo largo tiempo, clavada en una escarpia, la cabeza de la hermosa judía; y cuando la luz de la alta luna proyectaba sobre la pared blanca la forma alargada y siniestra de la calavera horrible, parecía como si todo el esqueleto—«imagen espantosa de la Muerte»—pendiese y se balancease trágicamente en el misterio de la calle solitaria y muda.

Los Venerables y Murillo

En este precioso trozo artístico, tradicional e histórico, está situado el Hospital de los Venerables Sacerdotes fundado por el canónigo Don Justino de Neve y Chaves, para albergue de los clérigos ancianos o impedidos. La construcción de este Asilo admirable, comenzó hacia 1690 ofreciendo especial interés el bellísimo patio con original fuente en su centro, la iglesia—primera que se dedicó a San Fernando en Sevilla—, que está enriquecida con obras de Murillo y Valdés Leal, y el pórtico barroco en la calle Jamerdana. También es de sugestivo aspecto

la fachada que da a la plaza de los Venerables frente a la calle Justino de Neve el fundador esforzado de tan piadosa obra.

La plaza de Santa Cruz, donde estuvo la sinagoga central convertida en 1391 al culto católico y derribada en 1810 durante la ocupación francesa, aparece hoy transformada en un bellísimo jardín cuyo centro lo ocupa la Cruz de la Cerrajería, hermosa pieza de hierro forjado hecha en 1692 por el artífice rejero Sebastián Conde.

Tan encantador rincón está consagrado al glorioso pintor sevillano Bartolomé Esteban Murillo, acerca de cuyo cuadro representando a San Antonio en éxtasis, dijo Arana de Valflora, para dar idea de su realismo, que «se ha visto solicitar un paxarillo sentar sus pies en una mesa allí pintada».

El pintor de las Concepciones vivió en una casa situada en las proximidades de la Plaza de Alfaro donde también murió el día 3 de Abril de 1682 a consecuencia de una caída que sufriera del andamio sobre el cual pintaba en Cádiz el cuadro grande de «Los Desposorios de Santa Catalina» para el altar mayor de los Capuchinos.

Entonces se le produjo una hernia que, al descuidarla, se convirtió en achaque crónico y le llevó al sepulcro.

Conforme a su voluntad fué enterrado en la Iglesia de Santa Cruz, en la capilla donde estaba colocada la hermosa tabla de Pedro Campaña, que re-

presenta «El Descendimiento», pintura muy admirada por Murillo.

Al ser derribada dicha Iglesia se trató de recoger y trasladar los restos del artista, pero como el templo había servido de enterramiento general durante una epidemia, no fué posible determinar entre la profusión de sepulturas cuál era la de Murillo ni cuáles sus restos. La Real Academia Sevillana de Bellas Artes, que fundara el Glorioso Bartolomé Esteban, puso en 1848 una lápida de mármol y bronce advirtiendo que en el ámbito de la Plaza están depositadas las preciosas cenizas. Los sevillanos al cruzar el bello jardín hecho sobre el cuerpo ignorado del artista inmortal, lo hacen con recogimiento profundo y en silencio para no alterar la paz del sueño eterno que duerme entre flores, el pintor genial que copió en los mantos de sus Concepciones el azul prodigioso del cielo de Sevilla.

El intenso amor de la ciudad por su pintor le consagró además los hermosos jardines que llevan su nombre formados frente a la mencionada Plaza de Alfaro sobre la parte de la Huerta del Retiro cedida por el Rey Don Alfonso XIII para expansionar el barrio y complementar su carácter de ciudad-jardín.

El trazado de estos preciosos jardines se debe al ilustre arquitecto Don Juan Talavera artista enamorado del Barrio a cuyo establecimiento dedica sus fervorosos entusiasmos.

La ciudad-jardín

La restauración, o mejor dicho salvación de este trozo de la antigua judería y su transformación en ciudad-jardín se debe, como queda expresado, al señor Marqués de la Vega Inclán sirviendo con ellos regios deseos y proporcionándose a sí mismo el placer espiritual de conservar como sevillanista estos bellísimos rincones para ornato y orgullo de nuestra ciudad.

El ilustre prócer adquirió a sus propias expensas varias casas de las calles Justino de Neve, Pimienta y Agua, reedificándolas con admirable sentimiento artístico que sigue de manera singular el carácter del conjunto de las edificaciones del Barrio. Dotó las calles de alcantarillado, les puso una pavimentación adecuada sobre el tipo andaluz de rosca de ladrillo en sardinel, cantos rodados y losetas de Tarifa, y embelleció con jardín alto el trozo de las antiguas murallas que corre a lo largo de la calle del Agua y separa Santa Cruz del Alcázar.

Esta muralla aparece cubierta de yedras, geráneos y rosales trepadores que cruzando la estrecha calle se abrazan con las enredaderas que trepan desde los jardines fronteros y se desbordan por los tapiales. Las fachadas de estas preciosas viviendas también se cubren de rosales cuyas flores ponen sobre el fondo verde de las hojas matices prodigiosos.

Los balcones y las azoteas de todo el Barrio están

engalanados con profusión de plantas florecidas que contribuyen a decorar las perspectivas y a perfumar el ambiente. Hay también muchos jardines íntimos, escondidos, cuyos árboles se asoman por las tapias para ver a las flores vecinas y enviarles besos y para embellecer el conjunto artístico que ellos mismos forman con los miradores de las casas, los campanarios de los templos y los torreones de los muros.

En los patios cantan las fuentes la canción de sus linfas al romperse el surtidor en diamantes sobre los azulejos policromados.

Desde los jardines reales viene el olor nupcial de los azahares poniendo en el rosado espacio la embriaguez de un aroma sutil que hace amar intensamente la vida...

La ciudad jardín es luminosa y bella por el día al ofrecer tonalidades múltiples y perspectivas maravillosas; pero cuando cierra la noche y se hace la paz en su silencio y allá en lo alto aparece magnífico el cielo estrellado con el atavío de todas sus galas para cuando venga la luna, entonces el Barrio hecho jardín revela todo su encanto misterioso a los espíritus.

Es en la noche cuando ha de evocarse el pasado de estos rincones donde se detuvieron los siglos.

Curiosos caminantes cruzadores de los caminos espirituales: si lográis que tiemblen de emoción vuestras almas en la fiebre evocadora del pasado de estos refugios de la judería, oiréis junto al muro del agua, cubierto de flores, un rumor musical como de

lágrimas que cayesen sobre cristales... Es, acaso, el eterno llanto de una raza infeliz que, obligada a abandonar los rincones queridos, se dejó entre ellos el espíritu al emprender su éxodo perdurable.

Es una ciudad-jardín

El Barrio de Santa Cruz es una verdadera ciudad jardín, tal vez como ninguna otra: porque en él se desprenden y flotan en el aire el perfume de las flores y el de la tradición que acaso al juntarse ambos en el espacio infinito hagan el milagro, hasta ahora no explicado, de poner en el cielo de Sevilla, ese incomparable tono azul.

JOSÉ ANDRÉS VÁZQUEZ



*Este libro, que pertenece a las publicaciones
de la Comisaría Regia del Turismo,
se acabó de imprimir en Ar-
tes Gráficas Mateu,
en Septiembre
de 1919*





EJEMPLAR : INVENDIBLE : RE-
PARTIDO : GRATVITAMENTE
POR : LA : COMISARÍA : REGIA
DEL : TVRISMO : Y : CVLTVRA
ARTÍSTICA : EN : EL : VIII : CON-
GRESO : NACIONAL : DE : AR-
QUITECTOS ZARAGOZA : 1919